

Sra D.^a Rosario de Acuña.

Muy distinguida amiga: ha dicho un escritor ilustre que si el Universo perciera renacería de una sola lágrima del justo, indicando así que el fundamento, la esencia y el fin del Universo es el Bien; mas es seguro que ese Universo sería pobre, incompleto, e indigno de tal nombre si esa lágrima no se vertía ante el espectáculo de la Verdad contrariada y la Belleza desconocida. Verdad, Justicia, Belleza, tal es la trineca primordial que constituye el espiritus iustus de la creación y tales son los atributos de toda divinidad iniviolable a la Razón, a la Conciencia y al Sentimiento.

No es el hombre, no, solo un ser que siente, como no es solo un ser que piensa, como no es solo un ser que quiere, oquier sea el Bien la meta de sus aspiraciones. Es el hombre un microcosmos en que se ha de encontrar todo cuanto en el mundo es condición de vida. Toda religión, toda legislación, toda doctrina que olvide y menosprecie alguno de estos elementos, jamás será humana, jamás resistirá los embates de la crítica y habrá de sucumbir ante la génesis del pensamiento, exhansta de propia y peculiar virtualidad.

Mas, en cambio, toda acción, toda indagación,

Toda afirmación que se realice y concrete con esta intención y propósito y en vista de estos elementos, será sin duda alguna una acción, una indagación, una afirmación religiosa, porque no siendo la Religión más la relación que une al hombre con el Ser que es fuente de toda realidad, con la Verdad, la Justicia y la Belleza, en tanto será el hombre religioso en cuanto perciba estos atributos de la Divinidad con ánimo sereno y conciencia libre de imposiciones dogmáticas.

Vea Ud., querida amiga, si en carta, inspirada en estos principios, escrita en vista de los más altos móviles y re- elatada con la más exquisita galanura, ha podido producir en mi otro efecto que el ~~est~~ entusiasmo. Mi mejor amigo es aquel que la verdad me dice; el más afectuoso es aquel que ama en mí lo que en mí refleja, mas o menos fielmente lo ~~re~~ soluto.

Como todo espíritu superior a su tiempo, lejos de ser producto exclusivo del medio ambiente, se rebela Ud. contra ese medio que la oprime y contraria. Se ha dicho que, en presencia de una estatua, mutilada por las inclemencias del tiempo, rota por las intemperancias de la plebe, desfigurada por el peso de los años, se tiene una imagen exacta de la adaptación al medio. ¿Es ese el destino del hombre? ¡triste destino vivir una pasividad aterradora, soportando todo cuando late grandioso en nuestro corazón y germina noble en nuestro cerebro! ¡No, no, sublevenos la injusticia y proteste nuestro labio contra el error y rompamos las ligaduras que nos sujetan y oprimen para que quede nuestra protesta en frente de la injusticia como ejemplo para aquellos que consagran su vida a la obra redentora del progreso!

Me pregunta Ud. en su carta si no eres que te

hoy los tribunales se hallan desarmados ante la osadía de un hombre que, versado en las ciencias naturales, se cubre con las galas de una falsa ciencia para exponer doctrinas contrarias a la Verdad y a la Justicia. Conforme con Ud. en todo cuanto en su carta indica, creo que su deseo de que los tribunales se compongan de hombres rectos, ilustrados y libres de todo género de preocupación es y será irrealizable en tanto que no desapareciera por completo los viejos ideales que aun hoy animan e inspiran, a la caduca sociedad que nos rodea. Entiendo que la vida es un orden como lo es la Ciencia, la Moral y el Derecho y que, constituyendo todo una trama y entlace, no es posible atterrar lo accesorio sin cambiar previamente lo esencial.

¡La presunción! Proteo de mil formas, verdadera ro diablo moderno, ella me ha aprisionado oculta entre los hierros de mi cuna, entre las hojas de mis libros y aun en el pan que he acercado a mis labios; siempre armanándose afechanzas, forjándose cadenas, tendiéndome redes, ha librado con mi espíritu cruentas batallas de que he sacado el corazón herido y en que he sellado mi independencia con mi sangre. ¡Cuántas veces, rendido por la lucha, agobiado por el titánico esfuerzo no he hundido la frente en las manos y viéndome rodar por mis mejillas una candente lágrima ha nacido en mí la amarga sospecha de que fuera imposible arrancar de mí la presunción! En estos momentos he llegado a dudar de la ley del progreso y del porvenir de la Humanidad, pero luego se ha operado la reacción y he resuelto combatir de nuevo con mas ardor a ese funesto enemigo, no solo en mí, sino tambien en los demás, y no, como las cohortes romanas, obsequiándome en recias armaduras, sino desnudo mi pecho y frente a frente llevándolo, como los soldados galos, campanillas en mis lan-

Las para avisar al enemigo mi presencia.

¿Bien decir puede que está libre de preocupación? ¿Aquellos mismos que han conseguido libertarse de innumerosos prejuicios, ¿no conservan otros? Sirva de ejemplo el afán de legar nuestro nombre a la posteridad. ¿Y qué es la inmortalidad de un nombre? ¿Nombres que se evaporan, ansia loca de un cerebro por la preocupación apasionada. ¿Qué es hoy el nombre de Homero? ¿Cuántos contemporáneos han leído en griego la Iliada? ¿Qué conciencia puede hoy tener Cervantes de su renombre? ¿Y es algo un placer de que no se tiene conciencia? Por último: ¿en que han de parar esos nombres conservados como reliquias para formar el mas enojoso de los inventarios, esos nombres que la plebe confunde y desfigura con complacencia? En un vago ruido, en el tarara de Campoamor y por fin en el olvido que cubre los nombres de los arquitectos de la Ciudad Media y de los orgullosos tiranos que levantaron para perpetuar su fama las pirámides egipcias. Dice el cantor de Italica que murieran los héroes los poetas y aun las piedras que de ellos se escribieron. ¿Bien sabe el nombre del autor de la Venus de Ellito? ¿Bien recuerda el del inventor del pan? Si, todo ha de morir y todo ha de olvidarse; desaparecerán nuestros nombres y el idioma en que esculpimos los delirios de nuestra mente y los latidos de nuestro corazón. Pequeño es ademas nuestro planeta. Ciceron lo ha dicho: Los mismos que de nosotros hablarán y hablarán muchos tiempos? Procuremos que el único atractivo de la Verdad y el Bien nos conduzca a la gloria verdadera y hablen como quieran de nosotros los hombres. Sus palabras nos traspasan las angostas regiones terrestres que miramos, ni en ellos se remueve; muere con una generacion y en el olvido de la posteridad se extingue.

Un tribunal de hombres despreocupados ¿sería inca-
 paz de juzgar a hombres que lo son? Mejor estoy de afirmación
 semejante; pero si aseguro que estamos aun muy lejos de po-
 der esperar tal maravilla. Con menos eres yo que se conse-
 guiria poder combatir la falsa ciencia que hoy impera. Con
 la muerte de unos ideales que, por su espíritu, sus anteceden-
 tes y sus tendencias, son incapaces de combatir al positivis-
 mo, porque coinciden con él en capitales afirmaciones.

Si, por extraño que esto parezca, es una verdad
 indudible. La escuela histórica, como el positivismo mues-
 tra una implacable enemiga a la metafísica; ambas doc-
 trinas hacen del hombre un instrumento ciego de la fatali-
 dad. ¡Itaque erunt; Dios lo había dispuesto así! dice el cató-
 lico. ¡He aquí un producto necesario de las leyes de la natura-
 lera y de la influencia del medio! exclama el determinista.
 De ambos lados la Libertad desaparece y tan irresponsable es
 el criminal que no ha podido contrariar los designios divi-
 nos, como el que no ha podido modificar la estructura de
 sus circunvoluciones cerebrales y vencer la influencia del
 medio. El fatalismo histórico se asemeja demasiado al fatis-
 mo del positivismo crítico para que pueda hacerle frente.
 Flint ha hecho notar que los argumentos que contra la psico-
 logía y la metafísica emplearon Broussais y Augusto Com-
 te eran los mismos de que antes se habían servido Bo-
 nald y Hamenhuais para atacar a la filosofía. Los que a-
 firman aun que el hombre es una inteligencia servida por
 órganos no pueden combatir a los que aseguran que el hom-
 bre es un organismo material que produce la inteligencia.
 Luchemos porque se desplomen esos rancios idea-
 les que agonizan y esperemos ver caer entonces teorías que

necesitan para vencer, no el golpe vacilante e inseguro de una revelación sumida en el desprestigio, sino el poderoso empuje de la razón científica; no la tibia resistencia de los hombres prácticos, sino la energía incontrastable de los pensadores.

Tales son las incompletas y someras indicaciones que me ha superido en carta y que expongo a vuestra pluma en orden, método y enlace. Admitidas Vd. como un testimonio de amistad firme y verdadera.

Ant.º Rozas

Han resultado infructuosas mis gestiones referentes al asunto de Vd. De suerte que habra Vd. de desprenderse a sus calumniadores o encomendar a defensa al Sr. Iglesias.

28 Mayo/88

